

vender á pedazos, si así pudiera decirse, su talento para proporcionarse la subsistencia. «No tengo motivos, decía, de dar gracias á mi estrella por haberme dado por patria la Inglaterra; no le basta sin duda á este siglo el no haber hecho caso de Cowley, y haber visto morir de hambre á Butler.»

Otway posteriormente se ahogó al tragar con demasiada impaciencia el pedazo de pan que arrojaron á su miseria.

¿Qué clase de calamidades no habría sufrido *Savage*, escribiendo en las esquinas de las calles con los pedazos de papel que encontraba en el suelo, muriendo en un calabozo, y dejando su cadáver encomendado á la conmiseración de un carcelero que á sus expensas lo mandó enterrar!

*Chatterton* después de haber pasado muchos días sin comer, se envenenó.

En el claustro de la catedral de Worcester se ve una lápida sepulcral sin fecha y sin más inscripción que la palabra MISERRIMUS. ¿Será ese el epitafio del número?

## FIN DE LOS ESTUARDOS.

Jacobo II después de la muerte de su hermano quiso tentar en favor de la Iglesia Romana lo que ni su mismo padre había podido conseguir en beneficio del episcopado; creíase Jacobo tan dueño de verificar un cambio religioso en el Estado como Enrique VIII, sin advertir que el pueblo inglés había variado mucho desde aquel tiempo y que ni aun cuando hubiera repartido entre sus súbditos todos los bienes del clero anglicano no habría podido conseguir que uno solo abrazara el catolicismo. Su falta más grave fue el haber jurado al recibir la corona lo que no tenía intención de cumplir. La inviolabilidad del juramento no siempre ha salvado los imperios; pero el perjurio los ha arruinado constantemente.

Jacobo, naturalmente cruel, encontró un verdugo á propósito para sus miras. Este hombre fue *Jeffreys* que dió principio á sus ejecuciones á fines del reinado de Carlos II en el proceso en que *Russel* y *Sidney* perdieron la vida. A consecuencia de la invasión de *Monmouth*, siguió *Jeffreys* su carrera mandando ejecutar en el Mediodía de Inglaterra más de doscientas cincuenta personas, y no debe pasarse en silencio que en él se echaba de ver cierto espíritu de justicia, virtud que no siendo tal vez apercibida en un hombre de bien, resalta singularmente cuando se la ve brillar en el carácter de un hombre de perdición.

Hacia ya mucho tiempo que Holanda era el foco de las intrigas de los diversos partidos ingleses: los emisarios de esos partidos se reunían allí bajo la protección de María, hija mayor de Jacobo, casada con el príncipe de Orange, hombre que no ha inspirado admiración y que sin embargo ha hecho cosas admirables. Jacobo nada de semejantes intrigas creía á pesar de los frecuentes avisos que Luis XIV le daba en secreto. La escuadra de Guillermo se presentó en *Broxholme* y desembarcó trece mil hombres en *Torbay*. Allí con grande admiración de no encontrar proseli-

tos estuvieron detenidos más de diez días los expedicionarios. ¿Qué hizo en tanto Jacobo? Nada. Había puesto en pie de guerra un ejército de veinte mil hombres, que por de pronto se habría batido; pero Jacobo se abstuvo de ponerlo en movimiento. *Sunderland*, su primer ministro le hacia traición: su yerno, el príncipe Jorge de Dinamarca, y hasta su propia hija María, y el otro yerno Guillermo de Orange lo abandonaban. La soledad empezaba á dominar en torno del monarca que había creído poderse aislar impunemente de la opinión nacional. Jacobo pidió consejos al conde de *Bedford*, padre de lord *Russel*, decapitado en el reinado anterior por partidario de Jacobo. El anciano contestó: «en otro tiempo tuve un hijo que »habría podido servirlos.»

Jacobo huyó; y en 2 de enero de 1689 desembarcó en *Ambeeteme* como un huésped fatal que vino á enseñar el camino de la proscripción á los hogares en que tuvo que refugiarse. En *San German* se han encontrado los restos mortales de Jacobo II. ¿Dónde están las cenizas de Luis XIV? ¿Dónde están sus hijos?

Mas ¿qué importa todo eso? lord *Russel* al abrazar por última vez á lady *Russel*, le dijo: «Esta carne cuyo calor sientes ahora, no tardará mucho en estar »helada.» ¿Qué espacio ocupan en el mundo, ni en esta página las generaciones que acabo de indicar? Al regresar en 1800 á Francia iba yo viajando en la diligencia: era de noche, y el carruaje experimentó un ligero estremecimiento que ni siquiera despertó á los pasajeros que dormían. ¿Qué era? Las ruedas del coche acababan de pasar sobre el cuerpo de un miserable que aletargado por el vino se había tendido en mitad de la carretera. Acabábamos de atropellar una vida y las ruedas solo se habían levantado del suelo algunas pulgadas. Los Francos degollaron en Metz una multitud de romanos, sorprendidos en medio de un banquete. Todavía no hace muchos años que los soldados franceses valsaron en el monasterio de *Alcobaza* con la momia de *Inés de Castro*. Desgracias y placeres, crímenes y locuras, catorce siglos os separan, y sin embargo habéis pasado ya tan completamente las unas como las otras! La eternidad que principia en este momento es tan antigua como la que trae su fecha del punto en que ocurrió la primera muerte, el asesinato de *Abel*. Sin embargo los hombres durante nuestra efímera aparición sobre la tierra creemos dejar alguna huella. ¡Huella! ¿A qué insecto le falta la sombra?

Los cuatro Estuardos pasaron en el espacio de ochenta y cuatro años; los seis últimos Borbones que han llevado, ó han debido llevar la corona desde la muerte de Luis XV han desaparecido en un período de cincuenta y cuatro años.

En una y otra monarquía un rey ha dejado su cabeza en el cadalso; se han verificado dos restauraciones y han sido mutuamente seguidas del destierro del soberano legítimo: y sin embargo es muy cierto que la Europa, ó más bien el mundo lejos de hallarse en el término final de las revoluciones, principia á entrar en el límite de ellas.

## QUINTA PARTE.

## LITERATURA BAJO LOS REYES DE LA CASA DE HANOVER.

TERMINO Y PERFECCIONAMIENTO DE LA LENGUA INGLESA.  
—CÓMO MUEREN LOS IDIOMAS.

Al concluir la época de los Estuardos entramos en un período de reposo de ciento cincuenta años du-

rante el cual las Musas tuvieron tiempo de perfeccionar el idioma estacionándose bajo el amparo de la libertad.

Al principiar este *Ensayo* he hablado del origen de la lengua inglesa, y al atravesar rápidamente los si-

glos he procurado que pudieran notarse los cambios sucesivos que en ella se verificaron. Ahora me voy acercando ya al fin de mi trabajo, y es preciso por lo tanto observar el grado de perfección á que llegó aquella lengua, y de qué manera pudo llegar desde el rudo lenguaje de los bardos á la magnífica expresión de los *Pope*, los *Adisson*, *Swift*, *Gray*, *Fielding*, *Walter-Scott* y *Byron*.

En mi concepto el antiguo idioma inglés aventajó en dulzura al moderno. La *th* termina una multitud de palabras y entre ellas la tercera persona del singular del presente de indicativo. Esa letra tomada de los idiomas orientales principió en los tiempos antiguos á pronunciarse entre los griegos á principios de la guerra del Peloponeso cuando *Alcibiades* encantaba á los *Atenienses* con la graciosa dificultad con que pronunciaba algunas letras. La *th* era una letra compuesta que la delicada *Jonia* parecía regalar al elegante discípulo de *Pericles*. En el abecedario de los griegos modernos figura también con el nombre de *theta*.

Hallándose en fin de diccion esa letra en el antiguo inglés no podía menos de tener un sonido dulce como se pronuncia en las palabras *mouth*, *sooth*, *teeth*, y no áspero como sucede cuando se halla al principio como en *thunder*, *throbbing*, *thousand*. La letra se redoblaba con frecuencia en el antiguo inglés. La *e* que abunda y que disputa el final de las palabras á la *the*, era la *e* muda de los franceses, y contribuía á dulcificar el sonido demasiado agudo. La prueba de que esas letras no eran etimológicas, sino eufónicas está en lo mucho que de condado en condado ó casi de ciudad en ciudad variaba la ortografía en cuanto al sonido. Hasta las palabras variaban en el radio de algunas leguas: un comerciante que se embarcaba en el *Támesis* saltaba á tierra y pedía huevos (*egges*) á una aldeana: es seguro que esta le contestaría que no entendía el francés. El compañero de aquel comerciante pedía á su vez *ceyren*, huevos y la buena mujer contestaba que lo entendía perfectamente: *thenne the good wyf said that shee understode him well*. De manera que á unas sesenta millas de la ciudad en que *Johnson* componía su diccionario, los huevos se llamaban *ceyren*.

A medida que el inglés cambiaba de pronunciación y de forma, y perdía en sobriedad, se iba enriqueciendo con los tributos del tiempo. El espíritu de un idioma se compone de la religión, de las instituciones públicas, del carácter y de los usos y costumbres de un pueblo. Si este pueblo extiende á lo lejos su dominio, recibe en tal caso incremento de las ideas y sentimientos de los demás países con que está en contacto. Véase por de pronto todo lo que un idioma puede recoger de la duración y variedad de las leyes.

En Inglaterra se profesaba el principio de que una ley nunca puede considerarse como abolida: de manera que la historia de lo pasado permanecía presente en medio de los nuevos sucesos, como una inmortal abuela en medio de sus innumerables hijos y nietos. A principios de este siglo todavía hubo un inglés que arrojó el guante en plena audiencia del tribunal y pidió el combate judicial contra su antagonista.

El derecho tradicional inglés (*common law*) rige á la Inglaterra en general.

En la isla de *Man* siguen los estatutos de los antiguos reyes de ese Estado.

En *Jersey* y *Guernesey* aun están en vigor los reglamentos de *Rollon*. Los procesos de los *Yndous* y *Mogoles* se sustancian en caso de apelación por el tribunal real de Londres y se sentencian con arreglo al código de aquellos países, esto es, el *Purana* y el *Coran*.

En las islas *Jónicas* rige el código de *Justiniano* juntamente con las decisiones del tribunal del *Almirantazgo*. En el *Canadá* florecen aun las ordenanzas

de los reyes de Francia como en tiempos de *San Luis*. En la Isla de Francia reina el código *Napoleon*, las leyes de Castilla y Aragón en las colonias anglo-españolas y la ley holandesa en el cabo de Buena Esperanza.

La política, la industria y el comercio han mezclado los nombres particulares de sus diccionarios con los del diccionario general. La tribuna aumentó ese tesoro con los discursos de *Strafford*, *Vanes*, *Bolingbroke*, *Walpole*, los dos *Pitt*, *Burke*, *Fox*, *Sheridan*, *Canning* y *Brougham*. La economía política con las investigaciones de *Adam Smith*, *Malthus*, *Thornton*, *Ricardo* y *Macculloch* enriqueció también por su parte el vocabulario general.

Las colonias que la Inglaterra tiene en las cuatro partes del mundo han multiplicado el número de viajeros: contémplese qué inagotable origen de importación de ideas y de imágenes. Ciento y un comerciantes de Londres en el año 1600 reunían una suma de ochocientos mil francos: he aquí pues, que otra vez vuelven los *Bacos* y los *Alejandros* á ser dueños y conquistadores de la India.

Los ingleses tuvieron gramáticas y diccionarios samaritanos, árabes y siriacos casi antes de tener diccionarios griegos y latinos: de esa manera preludivan el estudio de las lenguas muertas y vivas del Asia, obedeciendo al instinto de su genio, que los impele hácia la pompa de las imágenes y á la independencia de las reglas. *Wilkins*, *Colbrooke*, *Carey* (1), *Masden*, *Morrison*, *Lockert*, *Gladwin*, *Lumsden*, *Gilchrist*, *Hadley* y *William Jones* se han ocupado del estudio del sanscrito, del bengalí vulgar, de la lengua malaya, del persa, del chino y de la lengua común del *Indostan*. De manera que con leyes que no mueren, y con colonias en las cuatro partes del mundo, el idioma inglés abraza, si así pudiera decirse, el tiempo y el espacio.

En otro tiempo la Francia poseía inmensas regiones ultramarinas que ofrecían asilo al excedente de la población al paso que servían de mercado al comercio, de carrera á las ciencias y de alimento á la marina; hoy se ve reducida á tener que sepultar los criminales que se hallan convictos en prisiones insalubres, por no tener un punto seguro del globo donde depositarlos: la Francia se ve excluida del nuevo universo, donde el género humano principia á recorrer una nueva existencia. Las lenguas inglesa, portuguesa y española sirven para interpretar el pensamiento de muchos millones de hombres en Africa, Asia, Oceanía, islas del mar del Sur y en el continente de las dos Américas, mientras que los franceses deseredados de las conquistas de su genio, apenas oyen hablar en alguna barriada de la Luisiana ó del *Canadá* bajo una dominación extranjera el idioma de *Colbert* y *Luis XIV* que subsiste allí como un padron de su desgracia y de las faltas de su política.

Mas si la lengua de *Milton* y de *Shakespeare* aumenta sus riquezas con esa difusión del poder también á su vez recibe perjuicios por esa misma circunstancia. Cuando se limitaba á la extensión del suelo patrio, era más individual y tenía más originalidad y energía: hoy en las riberas del Ganges y del río de *San Lorenzo*, en el cabo de Buena Esperanza, en puerto *Jackson* en la Oceanía, en la isla de *Malta* en el Mediterráneo y en la *Trinidad* en el golfo de Méjico, se carga de locuciones que la desnaturalizan. *Pickering* ha compuesto un tratado de las palabras que se hallan en uso en los Estados Unidos y en él puede verse con qué rapidez se altera un idioma bajo un cielo extranjero por la necesidad de suministrar expresiones á una nueva cultura, á una nueva indus-

(1) Hay otro *Carey*, poeta y músico á quien los ingleses atribuyen sin fundamento alguno el himno de *God save the king*.

tria, á las artes del país, á los usos del clima, á las leyes y costumbres que constituyen otra sociedad.

Si semejante trabajo pudiera interesar, yo seguiría aquí la historia de las palabras inglesas: demostraría de qué autores han tomado origen y cómo han perdido ó cambiado de acepción alejándose de su primitivo sentido: hablaría de las palabras compuestas y de las negativas opuestas á las positivas que no pocas veces faltan al idioma francés, así como también de las que á un mismo tiempo son substantivos y verbos: *silence*, significa silencio ó «mandar guardar «silencio» to *silence*, *silencer*. Pero semejantes investigaciones muy curiosas para el lector, si fueran hechas en su propio idioma, serían pesadas ó difíciles de entender para cualquiera extranjero.

Las lenguas no siguen el movimiento de la civilización sino hasta el momento en que acaban de perfeccionarse: una vez llegadas á ese punto se estacionan por algún tiempo y luego descienden y se deterioran. Es de temer que los talentos superiores de los siglos futuros no tendran para expresar sus armonías mas que un instrumento mezquino ó poco sonoro. Ciertamente es que un idioma adquiere nuevas expresiones con el aumento de las luces; pero también lo es que no puede cambiar de sintaxis sin cambiar de índole. Un barbarismo ingenioso puede subsistir en un idioma sin desfigurarlo; pero jamás se establecen solecismos sin destruirlo. Es de esperar que andando el tiempo habrá nuevos Tertulianos, Estacios, Silios, Itálicos y Claudianos; ¿pero volverán á reproducirse otros Bossuet, Corneille, Racine ó Voltaire? En una lengua joven los autores tienen expresiones é imágenes que encantan como los primeros rayos de la aurora; cuando el idioma está ya formado lo hacen brillar con bellezas de todo género, mas cuando ha envejecido, todo cambia de aspecto: la sencillez de estilo no es mas que reminiscencias y las sublimidades del pensamiento son en tal caso producto de una combinación de palabras penosamente buscadas, y violentamente contrastadas.

EFFECTO DE LA CRÍTICA EN LOS IDIOMAS.—CRÍTICA EN FRANCIA; VANIDADES DE ESTA NACION.—MUERTE DE LOS IDIOMAS.

La crítica, que por de pronto es tan útil, se ha convertido en Londres por su abundancia y diversidad en otro origen de alteración para los monumentos de la lengua inglesa originando dudas acerca de las expresiones, los giros y las palabras que se deben desechar ó admitir. Difícil es que un autor conozca la verdad en medio de los diversos juicios pronunciados sobre una misma obra lo menos por veinte y cinco periódicos que se ocupan exclusivamente de literatura sin contar los artículos que también le consagran los que tratan de otras materias.

En Francia no hay tanta riqueza de crítica ni se juzga actualmente con tanta severidad. Es posible que la literatura parezca ocupación pueril en la edad política y positiva que ahora principia: en ese caso se concibe que nadie trate de crearse una multitud de enemigos por sostener los verdaderos principios del gusto y del arte en una carrera en que ya no hay gloria ni honores que recoger.

Un crítico se ha atrevido en estos últimos años á ejercer rigurosamente la censura; ¿qué gritos no excitó su conducta! ¿qué habrían pues dicho los autores de la actualidad si se les tratara como se nos trató en nuestro tiempo? Dispénsese el que me cite como ejemplo. Al publicar la *Atala* se levantaron contra mí una multitud de críticos; todo el ejército clásico con el abate Morellet al frente cayó sobre mi *Floriliana*. El Genio del Cristianismo sublevó al mundo volteriano, y tuve que sufrir amonestaciones por parte de los miembros mas distinguidos de la Acade-

mía Francesa. Mr. de Ginguené examinando mi obra dos meses despues de haber sido publicada, temió que su crítica llegara tarde creyendo que el *Genio del Cristianismo* ya habria caído en olvido. El muy ingenioso Mr. Hoffman descargó contra los *Mártires* cinco ó seis artículos en el *Diario del Imperio*, quitado entonces á sus verdaderos propietarios y que anunciaba mi próxima derrota en el vasto círculo trazado por la espada de Napoleon. ¿Qué habíamos de hacer nosotros, pobres aspirantes á la celebridad? ¿Pensábamos que el mundo estaba conmovido hasta en sus bases? ¿Recurriamos al carbon ó á la pistola para desembarazarnos de nosotros mismos ó del censor? ¿Llenos de nuestro mérito nos obstinábamos temerariamente en nuestros defectos, resueltos á domar el siglo y hacerlo pasar por las horcas caudinas de nuestras tonterías? ¡Ah! Nada de eso; mas humildes porque no teníamos los singulares talentos que en la actualidad se encuentran en cada esquina de las calles, procuráramos primero justificarnos, y luego corregirnos. Si habíamos sido atacados con demasiada injusticia, las lágrimas de las Musas lavaban y curaban nuestras heridas y finalmente estábamos convencidos de que al crítica nunca ha conseguido dar muerte á lo que en realidad tiene condiciones de vida, así como las alabanzas tampoco han dado nunca vida á lo que por su infima naturaleza nace condenado á muerte.

No hay que pedir en estos momentos una tan modesta ó tonta condescendencia por parte de los autores. Las vanidades se han exaltado hasta el delirio; el orgullo es la enfermedad de la época. Nadie se ruboriza de reconocer y confesar todos los dones que nos ha prodigado la liberal naturaleza. Oidnos hablar de nosotros mismos: oid cómo tenemos la bondad de hacer todo el gasto de los elogios que alguno se preparaba á darnos; cómo ilustramos caritativamente al lector acerca de nuestro mérito; cómo le enseñamos á conocer nuestras bellezas, moderamos su entusiasmo y procuramos excitar su admiración en el fondo de su alma.

Ahorrándole el pudor de descubrirnoslo él mismo.

Cada cual sin excepcion cree concienzuda y candidamente ser el hombre de nuestro siglo; el hombre que ha abierto una nueva carrera, el hombre que ha hecho desaparecer lo pasado, el hombre ante quien se han desvanecido todas las celebridades, el hombre que subsistirá y subsistirá solo, el hombre de la posteridad, el hombre que renovará el aspecto de las cosas, el hombre del porvenir; ¡Dichoso el dia que nos vió nacer! ¡Dichosa la sociedad que nos ha llevado en su seno! Alguna vez en medio de nuestra soberbia acontece que el que nos oye corre peligro de verse ahogado y á su vez se ve casi puesto en la necesidad de armarse también de orgullo para defenderse del nuestro, como el fumador que con el humo de su pipa procura rechazar el de la pipa de su vecino.

Sin embargo, preciso es confesar que si la crítica ha perdido parte de su poder por la falta de reglas conocidas y por la obstinada rebeldía del amor propio, la crítica histórica y general ha hecho progresos considerables: no sé que en tiempo alguno se haya encontrado en ningun país una reunion de hombres tan sabios y tan distinguidos, como los que honran actualmente en Francia las cátedras públicas.

¿Qué será del idioma inglés? Le sucederá lo mismo que á todos los demás idiomas.

En 1400 un poeta prusiano, cantó en el banquete del gran maestro de la Orden Teutónica en antiguo idioma del país, los hechos heroicos de los guerreros del tiempo pasado: nadie entendió lo que el poeta dijo, y por esa razon le recompensaron su trabajo dándole cien nueces vacías.

En la actualidad el bajo-breton, el vasco, y el idio-

ma de los antiguos galos, van muriendo de cabaña en cabaña á proporcion que mueren los cabreros y los labradores. En la provincia inglesa de Cornouailles se extinguió en 1676 el dialecto de los indígenas: un pescador dijo á unos viajeros: «No conozco ya mas que cuatro ó cinco personas que hablan el breton, y todas son unos ancianos como yo, que estan entre los sesenta y ochenta años.»

Tribus enteras del Orinoco han desaparecido, y de su dialecto apenas queda una docena de palabras repetidas en la cima de los árboles por los loros que han vuelto á conquistar su libertad; el tordo de Agripina murmuraba palabras griegas en las cornisas del palacio latino. Eso sucederá tarde ó temprano con nuestras gergas modernas; algun mirlo de *New-Place* gorgeará entre las ramas de un manzano versos de Shakespeare, que al que pase por aquel sitio no le será dable entender; algun grajo escapado de la jaula del último cura franco-galo, dirá desde lo alto de la torre ruinoso de una catedral abandonada á los pueblos extranjeros que vendran en pos de nosotros: «Escuchad con atencion los acentos de una voz que nos fue conocida, y dareis fin á todos vuestros discursos.»

Sed pues, otros Shakespeare ó Bossuet, ¿para qué? Para que en último resultado vuestra obra maestra sobreviva en la memoria de un pájaro á vuestro idioma, y á vuestra memoria entre los hombres.

NO HABRÁ EN LO SUCESIVO CELEBRIDADES LITERARIAS UNIV. RSALES.—FUNDAMENTO DE ESTA OPINION.

En vista de la multitud y diversidad de idiomas modernos pueden los hombres atormentados de la sed de vida póstuma hacerse esta pregunta. ¿Ofreceran actualmente las letras para lo sucesivo celebridades universales como las que nos han transmitido los siglos pasados?

Dos idiomas dominaban exclusivamente en el antiguo mundo civilizado; dos pueblos eran lo que en último resultado juzgaban el mérito de los monumentos de su gloria. Roma á pesar de sus victorias sobre la Grecia conservó para los trabajos de la inteligencia de los vencidos, el mismo respeto que les profesaban Alejandria y Atenas. La gloria de Homero y Virgilio nos ha sido religiosamente transmitida por los curas y los frailes, maestros de los bárbaros en las escuelas eclesiásticas, en los monasterios, los seminarios y las universidades. Una admiración hereditaria ha venido descendiendo de raza en raza hasta nosotros en virtud de las lecciones de un profesorado, cuya cátedra abierta desde hace catorce siglos, está sin cesar confirmando el mismo juicio.

Nada de eso sucede en el actual mundo civilizado; en él florecen cinco idiomas, y cada uno de estos tiene obras maestras que no estan reconocidas por tales en los países en que se hablan los otros cuatro idiomas; no hay que admirarse.

Nadie, tratándose de la literatura viva, es juez competente sino de las obras que estan escritas en su propio idioma. En vano cree nadie poseer á fondo un idioma extranjero: falta, si así puede decirse, la leche de la nodriza y las palabras que se aprenden en el seno de esta, en tanto que uno está envuelto entre mantillas: hay acentos que solo la patria puede inspirarlos. Los ingleses y alemanes tienen acerca de los literatos franceses las mas irregulares nociones; por lo general adoran lo que en Francia se desprecia, y desprecian lo que en Francia se adora: no comprenden á Racine, ni á La-Fontaine, ni al mismo Moliere. Cosa de risa es saber cuáles son los escritores franceses tenidos en mas consideracion en Londres, Viena, Berlin, San Petersburgo, Munic, Leipsik, Gotinga y Colonia, y ver cuáles son las obras leídas con mas furor, y cuáles las despreciadas. Esto me hace con-

fesar que es muy posible que al anunciar mi opinion acerca de una multitud de autores ingleses, me haya también equivocado, prodigando alabanzas ó críticas desmerecidas, y dando lugar á que mis juicios sean reputados por grotescos ó impertinentes en los países á que me refiero.

Jamás un extranjero comprenderá perfectamente el mérito de un autor que exclusivamente se funda en el lenguaje. Cuanto mas íntimo, nacional ó individual sea el talento, menos puede penetrar en sus misterios la persona que no es *compatriota* de aquel talento. He dicho ya que nuestra admiración por los griegos y los romanos ha sido transmitida por la tradición, y que si aquellos pueblos existieran, tal vez no podrían contener la risa al oír nuestras apreciaciones de bárbaros. ¿Quién de nosotros podrá formarse una idea de la armonía de la prosa de Demóstenes, ó de Ciceron, ó de la cadencia de los versos de Alceo y de Horacio, cual resonaba en un oído griego ó latino? Dícese que la belleza real es de todos los tiempos y de todos los países; así es en efecto, si se trata de las bellezas del pensamiento, pero no del estilo. Este no es cosmopolita: tiene una tierra, un cielo y un sol, que le son propios.

Los pueblos del Norte, que escriben en todos los idiomas, no tienen en estos ningun estilo. La multitud de voces que embarazan la memoria, contribuyen á que las percepciones sean confusas: al presentarse la idea no sabe el escritor que se halla en ese caso, con qué velo cubrirla ni de qué idioma valerse para expresarla mejor. Sino hubiera sabido mas que su propia lengua, y los glosarios griegos y latinos de su origen, la idea se le habria presentado bajo su forma natural, y no habiendo *pensado* en ella á la vez en diferentes idiomas, no habria salido á luz como un aborto múltiple, y como un indigesto producto de conceptos sincrónicos, antes por el contrario hubiera presentado aquel carácter de unidad, de sencillez, aquel tipo de paternidad y de raza, sin el cual las obras de la inteligencia no son mas que unas masas nebulosas, parecidas á todo y á nada. El mejor medio de ser mal autor es el que esten varios idiomas silbando como un loro en el eco de la memoria á un mismo tiempo: un políglota no puede interesar sino á los sordo-mudos. Es muy bueno, muy útil aprender, estudiar y leer las lenguas vivas cuando uno se consagra á las letras; pero es peligroso el hablarlas, y peligrosísimo el escribirlas.

De todo esto resulta que no se levantan ya en lo sucesivo aquellos colosos de gloria, cuya grandeza está simultáneamente reconocida por los siglos y las naciones. Preciso es entender en un sentido limitado al tratar de los escritores modernos, lo que anteriormente he dicho respecto de aquellos ingenios, que al parecer *han educado y alimentado á todos los demás*. En Viena, en París, en San Petersburgo, en Roma, en Londres, en Lisboa, en Madrid ó en Berlin, nunca un poeta alemán, inglés, portugués, español, italiano, ruso ó francés, merecerá el concepto que se dispensa á Virgilio y Homero. Nosotros grandes hombres, nosotros creíamos llenar el mundo con nuestra celebridad; pero por mas que hagamos es seguro que no pasará del límite en que espere nuestro idioma. ¿No habrá pasado ya el tiempo de las dominaciones supremas? ¿No habrán pasado con él todas las aristocracias? Los penosos esfuerzos que últimamente se han intentado para descubrir nuevas formas, para encontrar una nueva cadencia, una nueva cesura, para dar nueva entonación al color, para rejuvenecer el giro, la palabra y la idea, para anticuar la frase y volver á lo sencillo y popular, ¿no estan demostrando que el círculo se ha recorrido ya enteramente? Lejos de avanzar se ha retrogradado; no se ha echado de ver que volvíamos al tartamudeo de la lengua, y á los cuentos de niños de los primeros ensayos del arte.

Sostener que no hay arte, que no hay bello ideal, que no hay necesidad de andar escogiendo asuntos, sino pintar todo lo que se presente, y que lo feo es tan hermoso como lo hermoso, es un mero juego de palabras por parte de unos, una depravación del gusto por parte de otros, un sofisma dictado á unos por la pereza, y á otros por la incapacidad.

OTRAS CAUSAS QUE CONCURREN Á DESTRUIR LAS CELEBRIDADES UNIVERSALES.

Por último, además de esa división de idiomas que en la época actual se opone á las celebridades universales, hay otra causa que trabaja también para destruirlas: la libertad, el espíritu de nivelación y de incredulidad, el aborrecimiento á toda superioridad, la anarquía de ideas, la democracia se ha introducido también en el campo de la literatura, así como en la sociedad. Entiéndase que esas cosas que tanto halagan el amor propio y despiertan el sentimiento de envidia, obran con reduplicada viveza en la esfera de las letras. Nadie quiere ya reconocer maestros, ni autoridades; no se admiten reglas ni opiniones establecidas: el libre examen campea en el Parnaso como progreso del siglo, ni más ni menos que en el terreno de la política y de la religión. Cada cual se cree con derecho de juzgar, y juzga con arreglo á sus luces, su gusto, su sistema, su odio ó su amor. De aquí nace la turba de *inmortales* acantonados en una calle, ó encerrados en el círculo de su escuela y amigos, y que apenas pasan de su límite, se ven silbados y desconocidos en la calle inmediata.

La verdad tenía que hacer en otro tiempo esfuerzos para penetrar; carecía de vehículo; no existía una prensa diaria y libre; los literatos formaban un mundo aparte, y se ocupaban unos de otros sin que el público llegara apenas á saberlo. Ahora que los periódicos denigrantes ó admirativos *tocan á la carga ó cantan la victoria*, sería preciso tener muy mezquina fortuna para no llegar á comprender lo que uno vale. Mas téngase presente que si por esas sentencias contradictorias, nuestra reputación principia más pronto; también espira en más breve plazo: el que por la mañana ha sido comparado con el águila, no está lejos de pasar por mochuelo al ponerse el sol.

Tal es la humana condición, particularmente en Francia: si en este país se ve brillar algún talento, todo el mundo hace alarde de despreciarlo. Hoy lo elevan á las nubes; mañana lo arrastran por el cieno; luego vuelve á renacer la admiración, y otra vez vuelve también á renacer el desprecio. ¿Quién durante estos años últimos no habrá visto variar veinte veces la opinión acerca de un mismo sugeto? ¿Hay en la actualidad algo de verdadero ó cierto sobre la tierra? El mundo no sabe qué creer; en todo vacila, duda de todo; al llegar la noche han pasado las más ardientes convicciones. No podemos tolerar reputaciones; la admiración que se dispensa á los demás parece que nos ha sido arrebatada á nosotros mismos: nuestras vanidades se alarman del menor triunfo ajeno, y todo lo que este dura, se prolonga el suplicio de aquellas. No se siente que un hombre de mérito (no siendo nosotros mismos), llegue á morir; bien mirado no es más que un rival menos: su importuno rumor no nos dejaba oír las alabanzas de los tontos, ni el concierto de graznidos de las mediantas. La prensa se apresura á amortajar al célebre difunto con tres ó cuatro artículos de periódico; nadie vuelve á hablar de él; nadie lee sus obras; queda sellada su celebridad en los libros como el cadáver en el feretro, y todo se remite á la posteridad por conducto del tiempo y de la muerte.

Hoy todo envejece en algunas horas: una celebridad se mancilla, una obra pasa en un momento. La poesía tiene ya la misma suerte que la música; su voz llena

de frescura al nacer el día, está ronca al ponerse el sol. Todo el mundo escribe; nadie lee con reflexión. Un nombre repetido por tres veces produce náuseas. ¿Dónde están aquellos ilustres que al despertarse una mañana declararon, hace algunos años, que nada de provecho había existido anteriormente á ellos; que habían descubierto universos desconocidos; que se hallaban por la virtud de su talento decididos á hacer que el mundo mirara con compasión las obras maestras tan estúpidamente admiradas hasta entonces? ¿Dónde están aquellos que se llamaban *juventud*, en 1830? Hé aquí que ya surgen los hombres del 1835, considerando como viejos á los del 1830, y diciéndoles que el mérito que en su tiempo podían haber tenido, era ya una cosa gastada, y que ya había pasado y repasado enteramente. No tardaran en presentarse en la escena los párbulos que ahora están en pañales, y se reirán á su vez de aquellos octogenarios de diez y seis años, y de los diez mil poetas, y cincuenta mil prosistas que ahora están cubiertos de gloria y melancolía en todos los ángulos de la nación. Si por casualidad el público no se apercebe de la existencia de esos autores, procuran ellos mismos darse una muerte ruidosa para llamar la atención. ¡Otra locura! El público ni siquiera oye su último suspiro. ¿Quién causa ese delirio y esas aberraciones? la falta del contrapeso de las locuras humanas, la falta de religión.

Cada lustro vale un siglo en la época que vivimos; la sociedad muere y se renueva cada diez años. Adios, pues, esperanzas de una celebridad duradera y universalmente reconocida. Quien escribe para eternizar su nombre, sacrifica su vida á la más vana y más tonta de las quimeras. Buonaparte será tal vez la única existencia aislada de ese antiguo mundo que se va desvaneciendo: en lo sucesivo nada se elevará sobre el nivel de la sociedad; la grandeza del individuo será reemplazada por la grandeza de la especie.

La juventud es lo más bello y generoso que existe; me siento poderosamente atraído hacia ella, como hacia la fuente de mi antigua vida; le deseo toda clase de triunfos y prosperidad, y por esa misma razón creo que no debo adularla. Al fin del errado camino por donde marcha, no encontrará más que hastío y miseria. Conozco que en la actualidad le faltan carreras, y que está luchando en medio de una sociedad oscura, de lo cual provienen esas ráfagas de talento que rasgan súbitamente las nubes, y súbitamente se extinguen; pero no pierda de vista la juventud que hay estudios, laboriosos y largos, que hechos silenciosos y constantemente, llenarían mejor su existencia, y producirían mejores efectos que esa multitud de versos tan pronto hechos, como olvidados.

Al terminar este capítulo me asaltan dudas y tengo un remordimiento: me he atrevido á decir que Dante, Shakespeare, Taso, Camoens, Schiller, Milton, Racine, Bossuet, Corneille y otros, no llegaron tal vez á vivir *universalmente* como Virgilio y Homero, y he afirmado, aunque de un modo indirecto, que el tiempo de las celebridades universales había pasado ya.

¿Por qué he de tratar de privar al hombre del pensamiento de lo infinito, sin el cual no podría hacer cosa alguna, ni elevarse nunca á la altura á que puede aspirar? Sino encuentro en mí mismo esa condición de vida póstuma, ¿por qué razón he de creer que los demás se hallan también despojados de ella? Un poco de resentimiento contra mi propia naturaleza; me ha hecho juzgar de un modo tan absoluto las facultades intelectuales que los demás pueden tener? Volvamos, pues, á establecer la serie de ideas en el orden que tenían antes de haber manifestado esas dudas, y hecho esas observaciones: no neguemos á los talentos nacidos ó por nacer, la esperanza de una celebridad duradera, que algunos escritores ó escritoras, pueden prometerse desde hoy para lo sucesivo: caminen

hacia ese porvenir universal: muy gratos me serán sus esfuerzos, bien entendido que si yo quedo en medio del camino, no me lamentaré, ni tampoco lo echaré de menos.

Si post fata venit gloria, non propero.

MARIA.—GUILLERMO.—LA REINA ANA.  
ESQUELA CLÁSICA.

La invasión del gusto francés, principió en el reinado de Carlos II, y terminó en tiempo de Guillermo y la reina Ana. La alta aristocracia tomó en su educación algo del noble é imponente carácter de la gran monarquía vecina y rival suya. La literatura inglesa, desconocida hasta entonces en Francia, pasó el estrecho. Addison vió á Boileau en 1701, y le presentó un ejemplar de sus poesías latinas. Habiendo tenido que refugiarse Voltaire en Inglaterra, con motivo de su disputa con el caballero de Rohan-Chavot, dedicó la *Enriada* á la reina Ana, y corrompió su inteligencia con las ideas filosóficas de Collins, Chubb, Tindal, Wolston, Tolland y Bolingbroke. Al regresar á Francia dió á conocer Shakespeare, Milton, Dryden, Shafterbury y Swift, presentándolos como personajes de una nueva especie descubiertos por él en un nuevo mundo. Racine tradujo el *Paraiso perdido*, y Rollin habló de esa obra en su *Tratado de estudios*.

Cuando Guillermo consiguió ceñir la corona británica, los escritores de Londres y París tomaron parte en la disputa de los principes y los guerreros. Boileau cantó el *paso del Rhin*; Prior contestó que el representante del Parnaso estaba ocupando las nueve Musas en cantar que *Luis no había pasado el Rhin*, lo cual era cierto. Philips tradujo el *Pompeyo* de Corneille, y Roscommon escribió el prólogo. Addison celebraba las victorias de Marlborough, y tributaba homenaje á *Atalia*: Pope publicó su *Ensayo sobre la crítica*, cuyo modelo es el *Arte poética*: estableció poco más ó menos las mismas reglas que Horacio y Boileau; mas recordando súbitamente su dignidad (de inglés), exclamó: «*But we, brave Britons, foreing laws despise*». (Los bravos bretones desprecian las leyes extranjeras). Foam tradujo el *Arte poética*, del poeta francés: Dryden revisó el texto, y reemplazó los nombres de autores franceses con otros de compatriotas suyos.

El poema de *El rizo arrebatado*, parece que fue inspirado por el que Boileau escribió con el título de *Lutrin* (facistol); la *Dunciada*, del poeta inglés, fue también una copia ó imitación de las *Sátiras* del amigo de Racine; Butler tradujo una de esas sátiras.

El siglo literario de la reina Ana, es el último reflejo del siglo de Luis XIV. Y como si el destino del gran rey hubiese sido el encontrarse siempre de frente con Guillermo y hacer conquistas, cuando no pudo invadir la Inglaterra con ejército de soldados, la invadió con un ejército de letras: el genio de Albion que hizo frente á los guerreros franceses, cedió el campo á los literatos.

Prensa Periódica.—ADDISON.—POPE.—SWIFT.—  
STEELE.

Consumóse entonces otra revolución, cuyos resultados han sido y siguen siendo incalculables: establecióse en las riberas del Támesis la prensa periódica, política y literaria á un mismo tiempo. Steele, defendió los intereses de los whigs en el *Taller*, el *Spectator*, el *Mentor*, el *English man*, el *Lover*, el *Reader*, el *Town-Talk*, el *Chit-Chat* y el *Plebeian*, y además combatió contra el *Examiner*, escrito por Swift en sentido *tory*. Addison, Congreve, Walsh, Arbuthnot, Gay, Pope y King, se colocaron según sus opiniones bajo las banderas de Swift ó de Steele.

Jonatás Swift, nació en Irlanda (30 de noviembre de 1667), y fue con muy poca razón llamado el *Rabelais* de Inglaterra por Voltaire. Este filósofo no apreció más que las impiedades de Rabelais y sus gracias cuando son de buen género; pero no echó de ver la profunda sátira de la sociedad y del hombre, ni la alta filosofía, ni el elevado estilo del cura de Meudon; tal vez como no miraba el cristianismo sino por su parte más débil, no comprendió la revolución intelectual y moral verificada en la humanidad por el Evangelio.

La obra intitulada el *Tonel*, en la cual Swift atacó á un mismo tiempo al papa, á Lutero y Calvino, y *Gullyver* en la que se ponen de relieve las instituciones humanas, no son más que pálidas copias del *Gargantua*. Los siglos en que vivieron ambos autores establecen entre ellos una inmensa distancia; Rabelais principió á reformar su lengua, Swift completó el perfeccionamiento de la suya. Por otra parte, es dudoso que el *Tonel* sea de Swift, ó que este sea su único autor. Swift se entretuvo en hacer versos de veinte, treinta y sesenta sílabas. El historiador Velly tradujo su sátira titulada *John Bull*, sobre la paz de Utrecht.

Guillermo que llevó á cabo tantas cosas, instruyó á Swift en el arte de cultivar los espárragos á la holandesa. Jonatás amaba á una joven llamada Stella; la trajo á su deanato de *Saint Patrick*, y al cabo de diez y seis años y de su amor, se casó con ella. Ester-van-Homrigh, se enamoró apasionadamente de Swift, aunque era viejo, feo y asqueroso: cuando esta señora supo que estaba formalmente casado con Stella, á quien hasta entonces había mirado con desprecio, tuvo tal sentimiento que le costó la vida. De manera que aquel ente ridículo causó la muerte de dos hermosas mujeres, y no pudo á imitación de los grandes poetas, darles una segunda vida.

Steele, compatriota de Swift, se hizo rival suyo en política. Habiendo conseguido entrar en la cámara de los Diputados, fue expulsado de ella como autor de libelos sediciosos. Con motivo de la creación de doce pares en tiempo del ministerio de Oxford y Bolingbroke, escribió una carta mordaz á Sir Dilles Wharnton, acerca de los *pares de circunstancias*. Las relaciones de Steele con el gran corruptor Walpole no le enriquecieron; por lo cual suspeniendo sus publicaciones literarias se metió en la literatura de industria, é inventó una máquina para transportar salmon fresco á Londres.

Débase á Steele el haber limpiado el teatro de las obscenidades que los escritores del tiempo de Carlos II habían introducido, y esa circunstancia es tanto más apreciable en un autor que, como Steele, no podía jactarse de tener costumbres muy arregladas. Sin embargo, su contemporáneo Gay el fabulista, hacía representar su comedia titulada *Beggar*, cuyos protagonistas son un ladrón y una ramera. Esa comedia será tal vez el tipo original de ciertos melodramas que se han representado en nuestros tiempos.

TRÁNSITO DE LA LITERATURA CLÁSICA Á LA DIDÁCTICA,  
DESCRIPTIVA Y SENTIMENTAL.

La literatura inglesa clásica parecida á la francesa con solo la diferencia de las costumbres nacionales degeneró prontamente, y pasó del género clásico al espíritu del siglo XVIII. Entonces principió la imitación por parte de los escritores franceses que se pusieron á copiar á sus vecinos con una especie de preocupación que no deja de repetirse alguna que otra vez. Todo lo que sobre este particular puede decirse es tan sabido de todo el mundo, que sería muy pesado el seguir un orden cronológico para repetir lo que nadie ignora.

La poesía moral técnica, didáctica y descriptiva,